

Que vivimos en un tiempo de cambios, parece ser un hecho fuera de toda duda; que esos cambios generan situaciones inéditas y, al mismo tiempo, difíciles de comprender y de asimilar, también lo es. La novedad y la pluralidad de situaciones de nuestro tiempo hacen que vivamos nuestro momento cultural entre el desconcierto y la perplejidad, y que en el ejercicio de nuestra comunicación seamos más propicios a la confrontación y al choque que al diálogo y al encuentro. Sin embargo, nuestro tiempo es, en teoría al menos, una invitación a valorar la pluralidad y el cambio, una tendencia a considerar la riqueza de lo diverso y lo plural, un discurso que pone el énfasis en el deseo de búsqueda de lo alejado, de la integración de lo diverso, del ejercicio integrador de la interculturalidad.

Que el pluralismo sea considerado como algo positivo, es evidente. El pluralismo es inevitable y, a la vez, una realidad necesaria y fecunda. Todo, hoy, nos invita a mirar al futuro, a caminar hacia delante, a generar nuevas verdades a partir del intercambio de ideas, de la integración de proyectos. Por ello, parecería normal que la pluralidad de ideas, opciones e incluso concepciones del mundo dirimiesen sus diferencias en el ágora de la discusión fecunda, en los nuevos foros de la comunicación presididos siempre por el espíritu de diálogo. Pero tenemos la seguridad de que esto no es así. Nos encontramos, más bien, en un tiempo y en una sociedad cuyo clima humano y cultural es el de la confrontación; cuya preocupación más visible es la de cavar fosas o abrir trincheras, en lugar de tender puentes.

Este fenómeno lo encontramos en los más diversos ámbitos de nuestra sociedad: en la ideología y en la política, en la cultura y en los valores, en la moral y en la religión. Vivimos tiempos en que la oposición feroz y la descalificación mutua sustituyen, en política y en otros ámbitos, a la negociación y el diálogo; vivimos una época en que la verdad y los valores tienden a reducirse al ámbito del yo, al pequeño círculo del grupo y, desde ellos, extenderse /

imponerse a los otros, muchas veces de modo dogmático; estamos en un momento histórico en el que la verdad no se busca; la verdad se descompone en múltiples verdades pequeñas y personales que tratan de imponerse a los demás. Y si nos situamos en el campo de la religión, y aun de la fe, si bien es cierto que también el discurso religioso nos induce a aceptar el pluralismo y a actuar un vago deseo de integración y de diálogo, en la vida real el campo donde intentamos cultivar el diálogo está erizado de mil obstáculos. Basta asomarse al mundo de las religiones o traspasar el umbral de las iglesias para comprobar la enorme distancia entre los deseos y la realidad.

Pues bien, preocupados como estamos desde *Sinite* por la pedagogía religiosa y la educación de la fe, no podemos quedar insensibles a este ambiente apenas esbozado. Desde esta tribuna queremos, aprovechando además la celebración de los 50 años de vida y misión del Instituto «San Pío X», renovar nuestro estilo de los inicios: nacimos como intento de conciliar el diálogo entre la cultura y la fe, las ciencias humanas y la Teología. Por eso queremos en este número recuperar aquel espíritu dialogal y dialogante en el que germinaron y fructificaron proyectos e ideas que han configurado la historia del que fue «primer Instituto de Ciencias Religiosas» en España.

Hace ya mucho tiempo que el concilio Vaticano II instaba a una proximidad fecunda y a un diálogo permanente de la fe con el mundo y su cultura; Pablo VI, el papa que retomó e impulsó el Concilio, afirmaba en su encíclica *Ecclesiam suam* que «la Iglesia debe ir al diálogo con el mundo en que le toca vivir. La iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio» (ES n. 27). Pablo VI no hizo más que ser fiel a las grandes líneas iniciadas por el concilio que él mismo clausuró; en efecto, el deseo del Vaticano II ¿no fue lograr «la inserción del mensaje cristiano en la corriente de pensamiento, de palabra, de cultura, de costumbres, de tendencias de la humanidad, tal como hoy vive sobre la faz de la tierra? Antes de convertirlo, más aún, para convertirlo, el mundo necesita que nos acerquemos a él y le hablemos» (ES, n. 27). Hubo un tiempo posconciliar que, de cara al diálogo con el mundo y la cultura, era fecundo en realidades, pródigo en aproximaciones, sensible a los puentes que unían —aunque fueran incipientes o débiles— más que a las zanjas o barreras que separaban. Y, desde el interior de la propia Iglesia, empezábamos a hacer

realidad el deseo del Concilio cuando apremiaba a la Iglesia a promover en su seno «la mutua estima, respeto y concordia, reconociendo todas las legítimas diversidades para abrir, con fecundidad siempre creciente, el diálogo entre todos los que integran el único pueblo de Dios, tanto pastores como fieles» (GS 92).

Pues bien, ¿podemos decir que hoy seguimos esa actitud positiva, ese diálogo hacia el exterior y en el interior o, por el contrario, vivimos como si esa sensibilidad hubiera desaparecido? En la última Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española (noviembre de 2005), su presidente, mirando hacia fuera, solicitaba que los políticos «recuperasen el espíritu de la transición», es decir, ese modo peculiar de ser, de vivir y de actuar presidido por el respeto a los demás, por la proximidad entre las personas, por el consenso y el diálogo en los años de la transición española a la democracia. Oportuno deseo y petición acertada como actitud de la Iglesia hacia el mundo de hoy, diferente del de los tiempos conciliares. Pero si dirigimos la mirada al interior de la Iglesia, ¿no podríamos también solicitar, desde la base y desde las responsabilidades ejercidas en las instituciones eclesiales la recuperación del estilo y del espíritu de diálogo que también caracterizó a nuestra Iglesia en los tiempos de la transición? Porque somos conscientes de que el diálogo ha perdido enteros y se encuentra en unos momentos de «baja intensidad dialogal»; una situación en la que todos tenemos nuestra parte de responsabilidad.

Por ello, desde *Sinite* queremos aportar una pequeña contribución a recomponer este espíritu de diálogo allá donde la revista pueda tener alcance. No pretendemos, evidentemente, cambiar la sociedad, ni el estilo de nuestra convivencia, ni las manifestaciones negativas de nuestra cultura; tan sólo deseamos contribuir al diálogo, iluminados por la Palabra de Dios (C. Bueno), urgidos desde las religiones, es decir, desde el «otro» religioso (J. Moraleda), motivados desde la praxis moral, una moral que vaya «de las recetas al diálogo» (L. Diumenge) o desde una concepción de la educación como mediación (J. M.^a Martínez); impulsados desde una escuela cristiana entendida más como lugar de encuentro que como afirmación de la propia confesión (T. García Regidor) y, finalmente, ilusionados desde la actitud dialogal de todo educador de la fe (E. Pérez Landáburu).

Sabemos que faltan otros «lugares» desde donde invitar al diálogo; pero desde estos que asoman a las páginas de este número deseamos llamar al corazón de los destinatarios natos de *Sinite*, los educadores de la fe, para que seamos capaces de crear clima de diálogo, de tender puentes en esta misión cada día más necesaria y urgente. Éste podría ser un magnífico objetivo y un espléndido servicio en los cincuenta años de vida del Instituto «San Pío X» que ahora iniciamos.